

Memoria de un país en guerra

Los mil días 1899-1902

GONZALO SÁNCHEZ - MARIO AGUILERA (EDITORES)
BOGOTÁ, PLANETA, 2001

RENÁN SILVA

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES, UNIVERSIDAD DEL VALLE.

Sin lugar a dudas, éste es el libro más importante que se haya escrito hasta el presente sobre la guerra de los Mil Días, y no sólo, ni principalmente, porque no abundan los buenos trabajos históricos sobre ese episodio centenario con que concluyó nuestro agitado siglo XIX y entramos al siglo XX, igualmente repleto de conflictos y tensiones de compleja y difícil solución. Esperemos que, como lo sugiere M. Deas, uno de los mejores conocedores del tema y autor de uno de los capítulos del libro, estemos en vísperas de una renovación historiográfica del problema, renovación no por azar coincidente con uno de los momentos más difíciles del país, empujado en una guerra sin esperanza, que se ha convertido en el principal obstáculo para la democratización y el progreso de la sociedad colombiana.

El libro, un grueso volumen de 428 páginas, con muy pocas erratas y en general escrito de manera pulcra, está constituido por

17 capítulos, todos (menos uno que corresponde más bien a un testimonio) apoyados en investigaciones originales y firmados por especialistas en el tema, lo que se complementa con un interesante anexo documental y una cronología adecuada. Se trata de un libro que intenta por primera vez, y con cierta originalidad, la más amplia panorámica sobre la historia de ese largo conflicto, haciendo entrar en el campo del análisis no sólo los aspectos económicos y político-militares tradicionalmente incluidos –aunque sometidos por momentos a una mirada renovadora–, sino muchos otros que una perspectiva convencional de la política y de la guerra hubiera dejado de lado: el arte y la música, la literatura y los intelectuales, el papel de la mujer, la historia desconocida de los más humildes participantes, entre otros, e intenta explícitamente, por lo menos en dos de sus textos –los de Ch. Bergquist y C. E. Jaramillo–, un examen comparativo entre la gue-

rra de los Mil Días y la crisis presente de la sociedad colombiana, hecho poco frecuente en la historiografía nacional.

Los editores del libro, Mario Aguilera y Gonzalo Sánchez, son dos académicos reconocidos, cada uno con su propia obra –en marcha o consolidada–, pero del segundo de ellos es necesario decir que, además de sus pioneros trabajos sobre sociedades campesinas, política tradicional y bandolerismo en Colombia, es el responsable de otras dos compilaciones esclarecedoras sobre la historia moderna del país: *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, con Ricardo Peñaranda, y *Grandes potencias, el 9 de abril y la Violencia*, dos libros notables que tienen la virtud de recordarnos que la investigación social es un trabajo colectivo, y que por fuera de ciertas obras fundadoras y solitarias como las de Jaramillo Uribe, Reichel-Dolmatoff, el primer Fals Borda y la reflexión sobre historia colonial de Germán Colmenares –obras no muy frecuentes en una sociedad–,

la ciencia social se construye de manera progresiva, por medio de esfuerzos coordinados que, para un momento preciso, sintetizan el "estado del arte" de un problema o conjunto de problemas.

De entrada hay que decir que, posiblemente, el mérito mayor de este libro sea su decidido interés por el presente, sin que del análisis histórico se haga un ejercicio de anacronismo o dé lugar a lecciones morales sobre nuestra situación actual. Como lo señalan los editores desde la propia primera frase de su Introducción: "Éste es un libro sobre la guerra de los Mil Días que se ha hecho pensando en la del día de hoy". "Pensando en la del día de hoy", pero por fuera de toda analogía superficial o postulado continuista que harían del hoy simplemente la figura repetida y monótona o tan sólo aparentemente renovada del ayer, lo que no impide desde luego plantear posibles conexiones parciales entre elementos del pasado y el presente. Tal como lo indica con exactitud C. Bergquist en el polémico pero reflexivo texto con que se cierra el libro.

La comparación... más que una formulación prescriptiva es un ejercicio analítico. La comprensión de lo que pudo haber conllevado a pacificar el país en el siglo pasado no necesariamente conduce a una fórmula de paz aplicable y satisfactoria para comienzos del siglo XXI... El ejercicio de enfocar

diferencias y similitudes aporta una perspectiva que tal vez puede ayudar a desentrañar la complejidad de la crisis contemporánea y sopesar las opciones políticas que se vislumbran actualmente en Colombia.

Desde este punto de vista, el libro, sin ninguna concesión al "historicismo", nos recuerda la vigencia del análisis histórico como una forma excepcional de encarar el presente. Norbert Elias, hace ya muchos años, criticó con fina ironía la tendencia de los sociólogos a "refugiarse en el presente", perdiendo de vista no sólo que las estructuras y procesos sociales se "fabrican" en la "duración", sino que, por paradójico que parezca, la distancia hace más precisa la observación y el análisis de los fenómenos sociales, y nos permite concluir con alguna exactitud sobre cambios y permanencias en la evolución de una sociedad.

Hay que advertir –para que se comprenda el esquematismo y la injusticia de estas líneas– que la obra que comentamos resulta difícil de valorar, tanto por la riqueza de algunos de sus textos y la propia extensión del volumen, como por la diversidad de temas y enfoques –un verdadero mosaico– y cierta desigualdad de los textos, lo que a veces hace pensar al lector que si bien los diferentes capítulos encuentran un punto de unidad formal en el "tema": la guerra de los Mil

Días, no encuentran esa misma unidad en relación con un "problema", como si existiera ausencia de un núcleo común de discusión, de conexión interna entre los textos, más allá del proyecto general de recrear aspectos variados del conflicto, y esto aunque en dos o tres ocasiones se encuentran menciones críticas de unos autores respecto de otros, punto sobre el que volveré.

Como no resulta aconsejable tampoco referirnos a cada uno de los textos –lo que nos impide, entre otras cosas, hablar de la novedad que contiene el soberbio texto de H. Tovar Pinzón: "Tras las huellas del soldado Pablo"–, tomaremos más bien el camino de presentar algunos reparos –algo menos que una crítica– a ciertos aspectos de este libro en donde creemos que se expresan tanto algunas de las dificultades de nosotros los historiadores colombianos respecto del "oficio", como algunos problemas que son propios de las ciencias sociales, ofreciendo siempre por lo menos un ejemplo de lo que queremos señalar. Y en los renglones finales nos gustaría destacar otro de los puntos que consideramos notable en este libro valioso, y en general juicioso, libro que desde ahora debe verse como una importante contribución a un debate sobre el pasado del país y sobre nuestra crisis presente.

Se puede señalar en primer lugar, al tenor de este libro y si éste sirve de me-

dida de la actual profesionalización de la investigación histórica en Colombia, que los historiadores tenemos una gran dificultad para definir con precisión un "objeto" que nos libere de la descripción puramente empirista, y aun pintoresca, de un conjunto de eventos, tal como me parece que sucede, por ejemplo, con el capítulo "La música en tiempos de guerra", a cargo de Ellie Anne Duque, en general correcto con relación a sus fuentes, pero más cerca de la "crónica" que del trabajo histórico propiamente dicho. De la misma manera puede haber en nuestro trabajo de historiadores cierta dificultad para fijar con exactitud qué es lo que constituye, en términos temporales, un "contexto", por lo que se termina más bien operando de manera práctica con la vieja noción de "antecedentes", como sucede, por ejemplo, en el artículo de A. Martínez Carreño, "Mujeres en pie de guerra", quien además parece aceptar sin ninguna discusión el lenguaje de la tradición, cuando refiriéndose a la participación de las mujeres en la Revolución de los Comuneros en 1782 –por lo demás un contexto excesivo para hablar de la mujer en la guerra de los Mil Días–, nos habla de "esas verdaderas furias" que "encabezaron los motines, insultaron a las autoridades, saquearon los estancos... derramaron... incendiaron...", haciendo suya una "imagen" que se encuentra en la documenta-

ción "oficial" sobre el evento, pero que no por ello deja de resultar unilateral e interesada y termina achacando a las mujeres una "economía moral" que las hace la mejor expresión de la "sin razón", tal como las presentaron las autoridades oficiales en ese entonces.

Pero en donde los problemas de objeto, contexto y tratamiento de fuentes me parece que se concretan de manera más aguda es en el capítulo elaborado por J. D. Cortés, "Clero, política y guerra", que además muestra una redacción descuidada, a la que agrega ciertas generalizaciones discutibles, si tenemos en cuenta la documentación que el autor cita, y un tono sectario, poco académico e injustificado, como cuando habla, por ejemplo, de "cierta historiografía sectaria" –también la llama "liberal" entre comillas, como era de esperarse–, para referirse a la obra de C. E. Jaramillo, uno de los pioneros y principales estudiosos modernos de la guerra de los Mil Días. Citemos de manera breve y sólo como ilustración del tono admonitorio y autoritario de quien debe ser, sin lugar a dudas, un joven e impetuoso historiador: "Quiero llamar la atención sobre los inconvenientes de esta historiografía 'liberal' que borra los matices y se muestra incapaz de darle contexto internacional al desempeño de la institución" eclesiástica. (cf. p. 193, nota 59 y p. 185).

Puede pensarse igualmente que el libro edita-

do por Sánchez y Aguilera expresa bien los obstáculos que tenemos los historiadores para construir a través de lo que escribimos verdaderos diálogos, punto en el que simplemente nos mostramos como discípulos aplicados de nuestra tradición cultural dominante, con su proverbial característica de no escuchar lo que el otro dice o empobrecer el argumento contrario con el fin de imaginariamente "derrotarlo", rasgo que se reconoce en las más famosas polémicas intelectuales en el país. El problema de la ausencia de ese espíritu dialogante que reclama la ciencia y la investigación puede observarse cuando miramos con cuidado los escasos puntos en que unos autores hacen referencia a las tesis de otros que también han estudiado el problema, actitud loable, pero aquí deformada al perder de vista el significado preciso de la tesis que se critica, o el momento de su formulación.

Los ataques –en realidad escaramuzas de una batalla no librada– más infundados y superficiales son los que se dan contra la tesis de Ch. Bergquist acerca de las dos grandes fases de la guerra de los Mil Días, una fase inicial en que las fuerzas regulares se encontraban bajo el control de gentes de cierta prestancia social, y otra caracterizada, en el momento de la guerra de guerrillas, por una dirección más popular, menos centralizada y posiblemente

más anárquica y sangrienta. Como toda tesis que no pertenezca al campo de la religión, y por tanto al terreno de la dogmática, la observación de Bergquist debe ser tan sólo aproximada y debe haber mil rasgos de la realidad que la ponen en entredicho. Eso es lo normal en el campo de la investigación. Pero para criticarla no es necesario falsearla, y simplemente hay que recordar lo que efectivamente dice el autor, quien por fortuna en este mismo libro (cf. pp. 387 – 388) la ha vuelto a recordar de manera sencilla y en lenguaje claro: “Sin embargo, a partir de mayo de 1900, con la derrota del ejército liberal a manos de las fuerzas gubernamentales en la batalla de Palonegro, la tónica de la guerra cambió. Los liberales iniciaron una guerra de guerrillas y el liderazgo de los grupos en conflicto pasó a manos de personas de una extracción social menos privilegiada”, que es mucho menos de lo que se le quiere poner a decir en el artículo de M. Aguilera (cf. p. 327, nota 54).

La misma ausencia de un diálogo productivo se encuentra en el capítulo contextual sobre las guerras civiles en el siglo XIX en Hispanoamérica de E. Posada Carbó, texto muy importante por muchos aspectos, sobre todo por aquellos que tienen que ver con las relaciones entre política y religión, y con la caracterización que hace Posada de buena parte de

la historiografía moderna como “dependiente de una visión secularizada del mundo”, lo que nos parece una crítica fecunda. Cuando Posada Carbó intenta discutir la afirmación de G. Sánchez acerca del carácter poco transformador de las estructuras sociales que han tenido las guerras civiles en América Latina, simplifica y reduce hasta el exceso. Aquí la injusticia –o la incompreensión– parece ser doble. De una parte, Posada Carbó, al resumir lo que piensa que son las afirmaciones de Sánchez (cf. p. 60) olvida mencionar de manera explícita que se trata de observaciones “fechadas”, como siempre ocurre en historia, que son observaciones que tienen algo más de diez años de haber sido propuestas, lo que no puede dejar de mencionarse cuando se habla de un autor en ejercicio que mantiene una perspectiva abierta en sus análisis.

De otro parte, el fondo de la afirmación: “Las guerras civiles, por lo menos las colombianas... no socavaron los cimientos de la ‘república señorial’”, exige distinguir entre modificación de las estructuras y jerarquías sociales, de un lado, y procesos de cambio en la estratificación social, de otro. Creemos que nadie ignora hoy que las guerras civiles y la formación de los ejércitos en el siglo XIX produjeron procesos de movilidad social, esos que, por lo demás, inquietaban tanto a Simón Bolívar, quien

pensaba que los “pardos” ascendían demasiadas posiciones sociales a través del ejército y llegarían a hacer imposible la democracia (!). De hecho el ejército fue un canal de movilidad social desde la segunda mitad del siglo XVIII, en el periodo borbónico, cuando la monarquía ibérica realizó un esfuerzo de organización de un ejército moderno en sus dominios de ultramar. Este punto está bastante claro desde los antiguos trabajos de Allan Kuethe sobre la formación del ejército en América hispana. Y lo mismo ocurrió en el siglo XIX, ya bajo la República. Pero, como se sabe, y nos parece que a eso se refieren la afirmaciones de Sánchez, la modificación de un conjunto de “posiciones” sociales no representa de manera inmediata la modificación de una “estructura” y “jerarquía” sociales, que es lo que explica por qué un proceso de movilidad social y de creación de nuevos grupos sociales no tenga por fuerza que haber modificado “los cimientos de la república señorial”, tesis que, por lo demás, simplemente constata el escaso o nulo papel revolucionario que la violencia ha cumplido en estas sociedades.

Un punto más sobre el que quisiéramos llamar la atención tiene que ver con un problema más teórico, una dificultad general de las ciencias sociales y no simplemente de esta compilación. Se trata del problema de las “articulaciones”, o más

sencillamente, de las relaciones entre procesos diversos del acontecer social, por ejemplo entre el funcionamiento económico y la actividad política. Esperemos que al haber colocado al inicio del volumen un capítulo sobre la economía de mediados y fines del siglo XIX, los editores no hayan tenido en mente ningún esquema *a priori* de un orden de determinaciones. Pero en cualquier caso, el capítulo sobre "economía", firmado por Thomas Fischer, no agrega nada al conocimiento del "acontecimiento político" llamado guerra de los Mil Días, pues es "contextual" en el más flojo sentido de la expresión, y perfectamente –como el otro texto de Fischer que aparece en libro, el que trata sobre la "pérdida de Panamá"– podría figurar en cualquier otra recopilación de artículos sobre Colombia o sobre economía histórica con enfoque institucional. No que sea equivocado o falto de calidad. Simplemente que nada enseña sobre la guerra de los Mil Días, desde el punto de vista de las relaciones entre la economía política del periodo y la guerra, nada que sea consustancial al evento, nada que permita intuir sistemas de relaciones, sobre todo porque en cambio de ser un capítulo de "historia económica" es un ejercicio de "economía histórica" –según la vieja distinción de Pierre Vilar–,

pues antes que examinar un material histórico empírico y sus múltiples formas de evolución, se trata de aplicarle, como camisa de fuerza, un modelo de análisis, en este caso el "institucionalismo" de North, para finalmente llegar a las conclusiones que son supuestos del enfoque. Así por ejemplo: "Debido a la falta de instituciones estables y a la carencia de iniciativas emprendedoras, Colombia obtuvo un escaso progreso con el modelo de desarrollo hacia 'afuera' hasta 1910", caso en el cual el historiador debe de nuevo iniciar su camino para interrogarse acerca del porqué de la ausencia de instituciones estables y de iniciativas emprendedoras. Así pues, con relación a este punto, podemos contentarnos con lo que desde tiempo atrás ya sabíamos y que los contemporáneos de los sucesos siempre afirmaron: que las crisis de las exportaciones, que terminaban debilitando aún más un Estado débil desde su fundación, y prolongando la pobreza general de la sociedad, parecen haber sido un ambiente propicio para la guerra.

Finalmente, una palabra sobre un punto que consideramos notable en el libro, y que se encuentra presente desde la Introducción, pero particularmente, de forma explícita y reiterada, en los capítulos de Ch. Bergquist y C. E. Jaramillo, es decir en los

dos textos que ya mencionamos como escritos en clave comparativa y que sin rodeos se refieren a la hora presente del país. Parecería que esos dos textos, estimulantes y polémicos, discutibles, como todo en ciencias sociales, son un jalón más en el esfuerzo de la intelectualidad académica del país por liberarse de una visión de la historia nacional que la izquierda marxista, la insurgencia guerrillera y la teología de la liberación construyeron desde los años sesenta, y que en parte sigue siendo hegemónica en las universidades colombianas. Es una visión que se caracteriza por una profunda injusticia frente a las tradiciones de nuestra vida republicana –defectuosa y limitada como tantas otras historias republicanas, pero no por ello menos portadora de algunas tradiciones democráticas valiosas–, con su postulado central de que el sistema político colombiano es por definición un sistema bloqueado, imposible de reformar y en el cual cualquier propósito de cambio no violento se encuentra por principio condenado al fracaso.

Como sabemos, se trata de una visión de la historia nacional que ha llegado a ser parte de las llamadas "memorias disidentes", sobre las cuales ironiza M. Deas en su texto, pero que ha encontrado, aun en sus "periodizaciones", el estatuto del "único relato verdadero del pasado y presen-

te" colombianos, por lo menos bajo la forma de historiografía académica y estudiantil dominante. Mostrar los límites y los equívocos de esa construcción histórica es otro de los méritos mayores de esta compilación, y de los textos de Jaramillo y de Bergquist, por discutibles que resulten muchas de sus proposiciones. Y es que relativizar el supuesto contenido progresista de la "violencia revolucionaria", mostrar las terribles distancias existentes entre las ideologías y las prácticas

efectivas, entre la política proclamada y la cultura política vivida, entre las ideologías y mentalidades, entre los fines perseguidos y los objetivos realmente conseguidos, es algo de primera importancia para la cultura nacional. Particularmente sobre el último punto mencionado, aquel de la distancia entre los fines que se proclaman y los objetivos que se consiguen, tema reiterado en diferentes partes del volumen, siempre será bueno insistir. Por ejemplo, sobre ese tema insistió, en algunas

ocasiones, uno de los varones venerables en los que dicen buscar inspiración quienes defienden a toda costa "una cierta idea" de revolución. Citemos pues, para terminar, a esa figura paternal y amable, de don Federico Engels: "Quienes han hecho una revolución, siempre comprueban al día siguiente que no tenían idea de lo que estaban haciendo; que la revolución una vez hecha, no se parece en absoluto a la que hubieran querido hacer. Es lo que Hegel llamaba la ironía de la historia".



Ana María Rueda
Fuego
Impresión con fuego sobre papel
0.37 mts x 0.28 mts
1998